

LA SEXUALIDAD EN LOS EVANGELIOS SINOPTICOS

INTRODUCCIÓN

Como introducción formularemos el siguiente interrogante: hoy, en los finales del siglo XX ¿sigue siendo la sexualidad la asignatura pendiente para gran parte de los creyentes que pueblan el universo cristiano?

Miedo, magia, tabú, mito religión, oscurantismo, incultura, han servido para dirigir un sentimiento tan natural, que su origen lo retrotraemos a los de la propia creación; “ Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre...” (Gn 2,24).

El hombre religioso situó este misterio en la voluntad de su creador. Es más, tiempo después, a través del Cantar de los Cantares, el creyente descubrió que la sexualidad, siendo plenamente humana remite a Dios, precisamente allí donde reconoce que, sintiéndola, le trasciende y siendo suya, no le pertenece: “ ... nada ni nadie puede acallar su voz, quien lo pretendiera se granjearía desprecio...”(Cant 8,7) (1).

Tan natural era para el hombre del A. T. que las mujeres hebreas consideraban una gran desgracia el morir vírgenes (jue 11,29), ¿ocurre lo mismo en el N. T.? Jesús vivió en una época concreta y desde ella lanzó su mensaje. ¿Dijo o hizo algo al respecto para que en el ámbito religioso y cultural de nuestra sociedad, se cubriese con un tupido velo (como las prostitutas en el Antiguo Israel), todo lo referente a la sexualidad humana? ¿Puede el hombre espacial beber de la teología evangélica y sacar conclusiones válidas para su antropología sexual? Intentaremos, en lo posible, desmitificar y humanizar la sexualidad. No daremos soluciones. Estas han de ser encontradas dentro de cada individuo. Nos limitaremos, como en una gran obra musical, a dar cuatro movimientos para una sinfonía inacabada que cada creyente deberá culminar, si así lo desea, dentro de su personal creatividad.

PRIMER MOVIMIENTO: TRES CASOS PARA PENSAR

Comenzaremos nuestra exposición destacando tres historias bíblicas a las que hace referencia el evangelio de Mateo y que, a nuestro juicio, tienen una especial importancia para comprender la sexualidad en los evangelios sinópticos.

1.- El caso de Tamar

El libro del Génesis nos cuenta en su capítulo 38 la historia de Judá y Tamar. ¿Qué valor tenía el sexo para el semita bíblico? Ella se entrega pasándose por prostituta, a su suegro Judá. ¿Cuál es la razón de este comportamiento? Tener descendencia. (Su esposo y luego, según la ley del levirato, su cuñado Onán murieron sin dársela). No enjuiciamos el valor moral de la historia que precisaría una explicación de las costumbres y leyes de la sociedad en la que suceden los hechos. Tratamos de comprender a través de ella el valor y naturalidad que tenía el sexo para el semita bíblico . Tamar “necesita” un hijo y lo busca, usando de las artimañas necesarias que le lleven al fin deseado. El texto bíblico, lejos de escandalizarse de la actuación de Judá nate Tamar, la prostituta del camino, o del pecado de fornicación que cometen los dos,

alaba, por boca de Judá, la sagacidad y actuación de Tamar “Ella tiene más razón que yo, porque la verdad es que no la he dado por mujer a mi hijo Selá (Gn 39,26). Judá según la ley del levirato y tras la muerte de Onán, tenía que haber dado a Tamar su tercer hijo Selá. No lo hizo. Este es el pecado que se muestra en la historia. Pero antes de exponer sugerencias, veamos el segundo caso.

2.- Ruth, la moabita

La historia de Ruth mereció capítulo aparte en el acontecer de Israel. Casarse con una extranjera tenía unas connotaciones desconocidas para el hombre de hoy. Quizás, la idea que tenemos sobre la prostitución actual, esté más cerca de esta narración que la de Tamar. Booz, que es judío, se casa, contraviniendo la ley, con Ruth que es moabita (Dt 23, 4-8). De esta unión nacerá el padre del rey David. Conclusión, la extranjera se convierte en la abuela del rey que será el tronco del gran árbol genealógico de Jesús.

El “pecado” de Booz, esposo de Ruth, se transforma con el tiempo en bendición y los ancianos del pueblo, representando a Yahvé, exclaman: “Sea tu casa como la casa de Peres, el que Tamar dio a Judá, gracias a la descendencia que Yahvé te conceda por esta joven” (Ruth 4,12).

Curiosamente, en esta historia se alaba nuevamente la actuación sexual de Tamar. Claro que no debe parecernos extraño, ya que la madre de Booz era Rajab, la prostituta de Jericó (Jos 2, 1-24; 22,-25). Es decir, que si la abuela del rey David era una abominable extrajera según la ley), la bisabuela era una prostituta.

3.- Urías el Hitita

David, el rey entre los reyes de Israel, se enamora de la mujer de Urías. Al parecer, la belleza de esta mujer y el hecho de haber engendrado un hijo en ella, lleva a David a desear la muerte del marido “poned a Urías frente a lo más reñido de la batalla y retiraros de detrás de él para que sea herido o muerto”. (2 Sam 11,15). El pecado que desagradó a Yahvé fue la muerte de Urías, nada se dice del adulterio cometido. Antes bien, se destaca la pureza de origen ritual de Urías que, por estar en combate, no duerme en casa con su mujer, para evitar pecar contra la ley de la “ pureza del campamento” (1 Sam 21,6; Dt 23, 10-15). La ley prohibía acostarse con mujer cuando se estaba en batalla, llegando incluso a prohibirse las poluciones nocturnas (Dt 23,10-15). No se trataba de condenar el sexo, sino de cuidar al máximo la higiene que, a veces producía más bajas que el enemigo.

Al igual que en los dos casos anteriores, no entramos en el juicio moral de la acción. Deseamos hacer ver que el tabú sexual no era precisamente lo que preocupaba al mundo judío.

¿Qué tienen que ver estos tres relatos con los evangelios sinópticos? Mucho, especialmente y como mencionamos más arriba, con San Mateo. Si leemos su genealogía (Mt 1, 1-18), observamos que las mujeres que aparecen, a excepción de María, la madre de Jesús, eran prostitutas y ello no es óbice para que el evangelista las nombre haciendo recaer sobre ellas el cambio de la historia genealógica del mismo Jesús, sin la intervención de estas mujeres, los ascendientes de Jesús hubieran sido otros. Ellas, por decirlo así, trastocan la historia de la salvación (2).

Mateo va a relatarnos la encarnación del Hijo de Dios: Dios se hace carne. ¿Cómo? El evangelista inicia su relato con una genealogía plagada de prostitutas. ¿No es lógico pensar que la guerra mantenida contra el sexo, siglos después, no emana del

mensaje evangélico? ¿Acaso hubiera recurrido San Mateo a esta genealogía de pensar sexualmente como seguimos haciéndolo en nuestra civilización cristiana?

Como primera aproximación a lo que los evangelios nos puedan decir sobre la sexualidad humana, diremos que en los casos expuestos, la sexualidad estaba al servicio de la persona y no a la inversa, como ha venido enseñándose a través de los siglos.

SEGUNDO MOVIMIENTO: LA CONCEPCIÓN DE JESÚS

María estaba desposada con José. Dado que el compromiso o noviazgo era oficialmente reconocido en el pueblo judío, José sería el marido de la vírgen (doncella) pasados los desposorios. Los textos evangélicos son claros al respecto: "... a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María..." (Lc 1,17).

María, al no haber conocido varón y especialmente, al no haber tenido su primera regla, era considerada virgen (Misná. Nid 1,4). La virginidad se perdía con la llegada de la primera ovulación, pues de hecho, si una menor era dada en matrimonio, perdía su virginidad con su primera menstruación, no con la pérdida del himen (Misná. Nid 5,4). (3)

La ruptura de esta membrana, a la que poeriormente se le dio tanto valor que incluso le llegaron a fabricar cinturones de castidad para conservarla intacta, carecía de importancia. ¿Por qué, sin embargo, los evangelistas y en este caso San Mateo, se preocupa tanto en demostrar que José y María no tuvieron relación sexual alguna antes de la concepción de Jesús? "Su madre, María, estaba desposada con José y, antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo". (Mt 1,18).

¿Por qué si en la época de Jesús y en la anterior, el acto sexual en sí no tenía relevancia religiosa alguna, comenzó a tenerla a partir de la formación de los evangelios? Nos explicamos, si la sexualidad estaba bien vista, ¿por qué José y María no usaron de ella?, es más, si el propio Dios, desde los orígenes vió que todo era bueno, ¿Por qué prescindió de ella cuando su Hijo tomó carne?.

Respuesta a través del tiempo

Veinte siglos de cristianismo nos han mostrado y demostrado por activa y por pasiva que el sexo es un mal necesario. Los argumentos paulinos que se han usado quedan resumidos en el siguiente: "Bien le está al hombre abstenerse de la mujer. No obstante, por razón de la impureza, tenga cada hombre su mujer y cada mujer su marido". (1 Co 7, 1-2).

La antítesis es total; ahora, al parecer, después de Cristo, la sexualidad es maligna: ¡Mejor es abstenerse de la mujer!. No vamos a entrar aquí a dilucidar sobre la misoginia de San Pablo, entre otras cosas porque la exégesis viene enseñando últimamente que la misma no es de cuño paulino, sino añadidos posteriores para avalar la bondad del celibato sobre el matrimonio o la primacía del hombre sobre la mujer.

Ahora, lo que nos interesa ver es cómo estas y otras tesis fueron germinando a través de la historia porque, además, de hecho, José no cohabitó con María para tener a Cristo.

Por otra parte, nos encontramos con que Jesús prefirió el celibato al matrimonio. De haber sido éste mejor que aquel, Jesús se habría casado (piensan algunos). La conclusión lógica parece ser que la perfección se encuentra en la soltería. Siglos de historia han venido proclamando la santidad del celibato, ya que en él no existen relaciones sexuales, pues se las mire como se las mire, son intrínsecamente impuras.

Tal es así que ,al parecer, era (¿sigue siendo?) difícil orar y “sentir el placer”. ¡ Cómo si la oración no fuera uno de los máximos placeres del ser humano! “No os neguéis el uno al otro si no de mutuo acuerdo, por cierto tiempo, para daros a la oración. Luego volved a estar juntos para que Satanás no os tiente por vuestra incontinencia” (1Cor 7,5). El apóstol creía que el fin estaba cerca, por tanto, para qué solazarse, lo mejor era orar, prepararse para la hecatombe final. Pablo también tuvo que aprehender que el fin del mundo no era a nivel cronológico; era a nivel existencial. Veinte siglos después, existen cristianos que siguen esperando el fin del mundo en un año “en concreto” y no en cada vida “en abstracto”. Es en el interior de cada individuo donde se produce la muerte y la resurrección. El final y el principio de los nuevos tiempos .(4).

Respuesta a través de los evangelios

Quien se encarna y nace en los evangelios es el mismísimo Hijo de Dios. El Cristo. La encarnación al proceder de Dios y no del hombre no se produce en nueve meses. Como la nuestra, precisa de toda una vida. El tiempo nada tiene que ver con los nuevos cielos de la buena nueva: ¡Aprehendamos la eternidad!. El Apocalipsis de San Juan nos abre camino para la comprensión del misterio ¡Cristo nació en el momento de la resurrección! (5). Y como dice el evangelio, el que tenga oídos para oír, que oiga.

Los evangelistas se encuentran ante el misterio (Dios) hecho carne. Nada ni nadie puede crear y engendrar al Hijo de Dios. Lo infinito no puede ser asumido en la finitud de la naturaleza humana. ¿Cómo expresar esa realidad? ¿Cómo captar desde el tiempo (muerte) el misterio para captar la vida (eternidad). San Lucas y San Mateo lo hicieron con los conocimientos que tenían en la época que les tocó vivir.

En primer lugar, creemos que ninguno de los dos trata, con su forma de exponer la concepción de Cristo, de arremeter contra el sexo. María también iba a usarlo. Por esta razón se había desposado. Ella, como cualquier mujer, deseaba hijos, tener descendencia para ser bendita: ¡Ser madre era el mayor orgullo para una mujer judía! No serlo, la mayor vergüenza. Recordemos a las hijas de Lot; no encuentran marido y emborrachan a su padre para acostarse con él y conseguir descendencia. ¡Todo antes que la virginidad!. (Gn 19, 30-38).

San Lucas y San Mateo en sus evangelios de la infancia nos corren el velo del misterio anunciándonos el nacimiento de Cristo. El primer hombre nacido de lo alto: Hijo del Altísimo. Ahora el cristiano, como seguidor de Cristo, deberá, asimismo, nacer de lo alto (Jn 3,3). Poco es nacer de mujer. Juan el Bautista fue el más grande nacido de mujer “... Sin embargo el más pequeño en el Reino de Dios es mayor que él”. (Lc 7,28).

¿Quiere esto decir que Jesús no nació de mujer?. Aplicando el texto a la lógica más estricta, tendríamos que afirmar que el mismo Jesús dijo que Juan era superior a El, pues, si bien Cristo no nació por obra de varón, si lo hizo por obra de mujer.

¿Por qué, a través de la historia, no se ha puesto en entredicho esta afirmación, que es, por otra parte categórica? Sencillamente porque, según se creía en la antigüedad, la mujer no intervenía para nada en la concepción del ser humano. Ella era el recipiente (vientre, como reza el Ave María, no útero) donde se colocaba la vida (semen del varón) y se limitaba a incubarlo, igual que una gallina empolla sus huevos (6).

Los evangelistas desconocían la participación biológica de la mujer. El óvulo no se había descubierto. ¡Todo era espermatozoide! Y este fue retirado, no porque fuese mano o impura su colocación natural en el útero de la mujer, sino porque la vida de Cristo no procedía del hombre: el origen era Dios.

¿Qué hubiera sucedido si los evangelistas hubieran sabido lo que siglos después descubrió la ginecología sobre el aparato genital femenino y la reproducción humana?

Que la concepción de Cristo nos la habrían explicado de otra forma. Y ello porque como nos la han dejado expuesta en los evangelios, al menos y según la ciencia actual, Cristo provendría del hombre, ¡en un 50%! , ya que María no fue un simple recipiente; ella como mujer puso el óvulo que hizo posible la fecundación.

TERCER MOVIMIENTO: LA SEXUALIDAD Y LA FAMILIA

En el N.T. se desmitifican todos los fetichismos religiosos que oprimían al hombre de aquella época. Esta desmitificación queda reflejada en aquellas palabras de Jesús “No está hecho el hombre para el sábado”. (Mc 2,27). El sábado aunque día sagrado dedicado a Dios, es inferior al hombre.

Jesús se encontró con una serie de ataduras socio político religiosas que no consintió. Nada puede atar al hombre que ha sido creado en la libertad amorosa de la transcendencia. ¡La Religión tampoco!. Esta tiene que servir de vehículo para que la humanidad se divinice, que es la única posibilidad que tiene de llegar a ser plenamente humana. Y la religión siempre ha tenido la tentación de ensalzar la sexualidad (sacralizarla) o de rebajarla (animalizarla). Una prueba de lo que decimos la tenemos en el mencionado libro del Cantar de los Cantares. Este texto es la respuesta religiosa del pueblo de Israel a los ritos míticos y culturales de la religión Cananea saturados de una sexualidad sacralizada (7). Justamente lo contrario de lo que estimamos erróneamente, se ha hecho con él dentro del cristianismo. A saber, en lugar de ver en el texto su humanidad y en ella el misterio de la sexualidad, que nos remite a la aprehensión del Misterio, se la ha vuelto a divinizar viendo, por ejemplo, los desposorios de Dios e Israel, los de la Sabiduría y Salomón, los de Cristo y su Iglesia, etc... y no lo que simplemente es: el amor carnal entre un hombre y una mujer ... y en él el misterio de Dios.

Pues bien, la sexualidad en la época de Jesús, como en todas, además del placer (8), daba hijos y como el varón era el único que creía tener ese poder, todo giraba a su alrededor. La sociedad, por tanto, era terriblemente machista. El macho, como poseedor de la vida (semen), sometía a la mujer, como una pertenencia propia, igual que al siervo, al buey, al asno... por esta razón, no han de ser deseados (Dt 5,21). Jesús observa que la familia sirve para que el varón posea y se realice a costa de los demás (mujer, hijos, ...). La mujer es una simple pertenencia. Actualmente nos ha quedado de esta ley social su correspondiente prohibición religiosa en el noveno mandamiento, aunque mutilándolo al quitar el deseo por el siervo, por la sierva, por el buey y el asno. De esta forma, parece que el mandamiento va contra el sexo. En su origen, no fue así. Desear a la mujer era malo no por el deseo sexual. El pecado estaba en el hurto que se hacía a las pertenencias del prójimo, igual que robarle el buey o el asno. El precepto prohíbe el hurto, no el deseo sexual.

Jesús vive en la libertad del Padre y no admite dueño alguno. Desde esta perspectiva y no desde la sexual, observa el comportamiento de la familia, y en ella, la posición del hombre y de la mujer.

El hombre ante la familia

El hombre, como corresponde a la concepción de las familias patriarcales, era y sigue siendo el eje en el que se fundamenta la sociedad. A él, cierto que se le exigía la paternidad y de no conseguirla, debía tomar nuevas esposas. ¿Por qué? Porque la mentalidad judía creía que sólo así se podía continuar viviendo. Eran los hijos los que “recogían” la vida del padre. Por lo tanto, la existencia futura dependía de la

descendencia presente. Por supuesto que el culpable de la no fecundidad era, en último extremo, la mujer. No se dudaba de la capacidad reproductora del hombre: ella era el origen de la esterilidad humana. Únicamente en caso de anomalía física y comprobable se le consideraba al hombre reo de culpa y hasta tal extremo, que se le expulsaba de la asamblea de Israel; “ El hombre que tenga los testículos aplastados o el pene mutilado no será admitido en la asamblea de Yahvé”. (Dt 23,2).

La familia, socialmente hablando, no estaba basada en el amor. Era la necesidad de la descendencia para bien propio, lo que privaba a la hora de caerse: tener hijos significaba subsistir, seguir existiendo. Desde esta concepción machista de la familia, los hijos, lejos de ser fruto de amor, lo son del egoísmo. Servían para cumplir leyes que fuera del contexto donde se promulgaron, no tenían razón de ser. Así el mandato de entregar el primogénito a la divinidad como expiación de los pecados de la vida pasada y solución de la vida futura (Ex 13,2). El hombre judío podía vivir feliz en el presente gracias a los hijos. Cuando no se tenían, la vergüenza se cernía sobre los esposos. La historia de la concepción de Juan Bautista hay que introducirla dentro de este marco social, para comprender la angustia de Zacarías, un hombre que, siendo sacerdote de Dios no había podido tener hijos; ¡inconcebible!... ¿Cómo un hombre, seguidor de Yahvé y perteneciente a la casta sacerdotal era castigado sin descendencia?, Zacarías pide y el ángel dice: “No temas, Zacarías, porque tu petición ha sido escuchada”. (Lc 1,13). Y la esteril da a luz (Lógico, él no podía ser el culpable).

La mujer ante la familia

La mujer no era alguien, era algo que pertenecía al varón. Su razón de ser no estaba en ella misma. Su referencia y sometimiento al varón eran absolutos. Podríamos decir que ni siquiera le pertenecían los hijos. Jesús es de la estirpe de David (linaje de José y no de María), aunque el hijo no fuera biológicamente suyo. La ley estaba por encima de la persona.

Cuando las mujeres judías no podían engendrar, entregaban a sus respectivos esposos una esclava para que engendrara en ella. En el momento del parto, la esclava daba a luz sobre el regazo de la esposa, y esta cogiendo al recién nacido, lo entregaba al esposo como si fuera propio (Gn 16). ¿Dónde quedaba la dignidad de la mujer? (sobre todo la de la esclava). En ningún sitio porque la mujer no tenía dignidad. Era un mal al que socialmente había que soportar porque Dios en los orígenes, le había dado, incomprensiblemente, una fuerza de atracción sobre el hombre. En el libro del Eclesiástico, texto que servía para instruir al creyente, puede leerse : “ De ningún hombre te quedes mirando la belleza, y entre las mujeres no te sientes. Porque de los vestidos sale la polilla y de la mujer la malicia femenina. Vale más maldad de hombre que bondad de mujer, la mujer cubre de vergüenza y oprobio”. (Eclo 42 12-14).

La sabiduría popular no permite dudar al respecto. Con la mujer ni sentarse. Lógicamente, en la Sinagoga tenía un lugar aparte. Y aquellos que no creían en la resurrección, los saduceos, preguntaron a Jesús que de quién sería, de existir la resurrección , la mujer que ha tenido en vida siete maridos. No creen posible otra vida (los fariseos sí), pero de existir, piensan seguir poseyendo a la mujer como en esta. Lógicamente, Jesús responde: “Estáis en un error por no entender las Escrituras ni el poder de Dios”. (Mt 22,29).

Jesús ante la familia

Jesús tiene ante sí el panorama expuesto y es ante el que nos da su idea sobre la familia. La sexualidad ha quedado socialmente regulada de forma que el varón, como “transmisor” de vida, tiene primacía sobre la mujer. Al hombre se le permite todo y a la mujer no, sencillamente porque, debido a su inferioridad (ella no es portadora de vida) queda sometida a la autoridad del varón.

No hay tabú sobre el sexo, pero se ha creado una sociedad cuya célula primaria es la familia, que regula la sexualidad según las apetencias masculinas. Jesús no arremete contra la sexualidad, que es un bien intrínseco e inseparable del hombre, pero sí contra sus consecuencias. Veamos.

La autoridad del padre de familia era incuestionable. Más si esta autoridad emana de un poder establecido donde el egoísmo y las apetencias personales privan sobre el amor, Jesús deshará esta falsa unión familiar que se sustenta en semejante despropósito: “ ... Una familia de cinco estará dividida, se dividirán tres contra dos ... padre contra hijo, hijo contra padre”. (Lc 12,51-53; Mt 10,34-36).

Hasta la llegada de Jesús, la obligación de todo hijo era seguir los pasos del padre. El cuestiona este seguimiento: “el que quiere a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí. (Mt 10, 37-38; Lc 14, 26-27).

Jesús no quiere una familia cuya unión no sea la fuerza del amor, por ello dirá: “Cuando des una comida no llames ... a tus hermanos ni a tus parientes... llama a los pobres” (Lc 14, 12-14).

No es de extrañar que ante tal mensaje su propia familia tratara de hacerle callar. “Se enteraron sus parientes y fueron a echarle mano, porque decían que no estaba en sus cabales” (Mc 3,21). No ya los extraños; los propios familiares de Jesús no comprenden su actuar.

María en su silencio y precisamente por ser mujer, creemos que debía ser la única que intuía su proceder. Y decimos intuía porque, a veces, como cuando era pequeño y se escapó de casa, la oímos decir: “Hijo ¿Por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo angustiados, te andábamos buscando”. (Lc 2,48). Ella también debió de aprehender que su gloria no iba a depender de su maternidad, de su vínculo familiar con Jesús, sino de su persona, de su respuesta a Dios, de su “fiat”, en cuanto mujer. Gracias a ello comprendería la dura sentencia contra la maternidad, fruto de una sexualidad manipulada por la sociedad: “ Alzó la voz una mujer entre la gente y dijo : ¡ Dichosos el seno que te llevó y los pechos que te criaron! Pero el dijo: Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios y al guardan” (Lc 11,27-28).

Jesús rompe con el parentesco que emana del egoísmo. Con una sociedad que una la sexualidad para ensalzar al varón en detrimento de la mujer. Tal sociedad está podrida en su raíz: “... Tu madre, tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan... ¿Quién es mi madre y mis hermanos? Y mirando en torno ... Estos son mi madre y mis hermanos. Quién cumple la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre”. (Mc 3,31-35; Lc 8,19-21; Mt 12,46-50).

Jesús no arremete en momento alguno contra la sexualidad, pero sí contra su consecuencia: la familia patriarcal basada en la ley y no en el amor. El conocía muy bien hasta qué punto la vida del pueblo judío estaba centrada en la familia. Pero esta familia era dominadora y opresora al declarar al padre dueño absoluto de ella y al otorgarle plenos poderes sobre la mujer y los hijos (9).

CUARTO MOVIMIENTO: LA SEXUALIDAD Y EL MENSAJE CRISTOLÓGICO.

Meditando los tres movimientos anteriores, comprenderemos la frase agustiniana: ama y haz lo que quieras ..., sin amor, las mejores obras no tienen valor alguno. Amar no es fácil, mas es lo único por lo que vale la pena vivir. Jesús conocía la dificultad de su mensaje, por ello resume toda la sabiduría del universo en un único mandamiento:

Ama a Dios y al prójimo como a ti mismo. Sin embargo, ¡qué difícil es llegar a amarse! ¡Conócete y el mundo será tuyo! No es posible amar a Dios y al prójimo si no hemos pasado por nuestra soledad (desierto) para, por el conocimiento de nuestra mismidad, encontrarnos con nuestro yo. Jesús lanzó su mensaje después de pasar por el desierto. Más, permaneció en él durante su humana existencia. Sólo cuando Jesús se conoció pudo conocernos a todos.

Conoció el hombre a Eva, su mujer

Este semitismo bíblico es suficientemente popular como para tener que explicarlo. (Gn 4, 1). No obstante, aquí nos interesa para estudiar, desde una óptica distinta a la que ha venido haciéndose, la siguiente perícopa mateana: “También se dijo: el que repudie a su mujer que le dé acta de divorcio. Pues yo digo: Todo el que repudie a su mujer, excepto el caso de fornicación, la hace ser adúltera; y el que se case con una repudiada, comete adulterio”. (Mt 5,31s).

La Exégesis bíblica parece estar de acuerdo con que la fornicación a la que se refiere el texto, proviene más que des sexo, de la prohibición levítica sobre los matrimonios consanguíneos. (Lv 18,6-18), (10). El original de esta palabra es “porneia” (=fornicación). Con ella el autor quería expresar la licitud de las separaciones matrimoniales de aquellos cristianos convertidos que viniendo del mundo pagano, tenían por esposos o esposas a parientes cercanos, tales como hermanos, hermanas, etc. San Mateo vendría a decir que estos creyentes podrían divorciarse, dado que la ley judía no permitía tales uniones, lo que no quiere decir que de hecho no se dieran (lógicamente, este fue el motivo por el que tuvieron que prohibirse).

Independientemente de lo expuesto, existe una constante de los textos bíblicos: “conocer” significa cohabitar. Cuando Adán (el Hombre) cohabita con Eva (la Mujer), se “conocen” íntimamente. Pocas palabras podrían explicar con mayor claridad el significado real de la fornicación o conocimiento íntimo entre dos seres. NO hay nada peyorativo ni sucio en esta palabra. Pues bien, cuándo Jesús indica que sólo en caso de “porneia” le es lícito al hombre repudiar a su mujer, no es cierto que lo que está proclamando, según la mentalidad semítica, es que si una mujer “conoce” la intimidad de otro hombre, es porque está desconociendo la de aquel que era suyo hasta ese momento. Es decir, que el amor que era el motivo de unión íntima (de conocimiento) ha desaparecido y se vuelca en otra persona.

Si no hay amor, que es lo que lleva al “conocimiento”, no hay matrimonio: luego es lícito divorciarse. Mateo dirige su mensaje a judeo cristianos y se limita, por tanto, a decirle al hombre que en ese caso le dé a la mujer acta de divorcio. Nada dice a la mujer. San Marcos, reflejando el derecho romano, sí, pues afirma que ella también puede repudiar a su marido en caso de “porneia”.

Interpretadas así las palabras de Jesús, lejos de convertirse en excepción alguna, siguen la misma línea de pensamiento que la expuesta ante la indisolubilidad del

matrimonio. “Lo que Dios unió, que no lo separe el hombre”. (Mt 19,6). Efectivamente, Mateo responderá que ningún varón tiene el privilegio de echar de casa a la mujer como si de un animal se tratara. Únicamente se podría producir este evento si, de hecho, la mujer hubiera roto el vínculo matrimonial “conociendo” a otro. Donde no hay amor, no existe matrimonio y por lo tanto Dios no está ahí. ¿Solución? San Mateo dirá: Divorcio.

San Marcos situará a la mujer al mismo nivel que el varón u responderá de igual forma, pues aunque no formula excepción alguna, ello se debe al hecho de que responde a la pregunta de “si el marido puede divorciarse de la mujer” (Mc 10,2). Y él simplemente responderá que no, puesto que las leyes no tienen poder para regular el amor: y como existía entre los romanos la posibilidad legal de divorcio por parte de las mujeres, las introduce en su respuesta. A Mateo la pregunta que le formulan es “si el marido puede repudiar a la mujer por un motivo cualquiera” (Mt 19,3), esta apostilla no aparece en Marcos y él responde que aunque la ley judía autorizara el divorcio por un motivo cualquiera, sólo hay un motivo posible: la falta de amor. Dicho en pensamiento semítico, que la mujer “conozca” a otro. Resumiendo, no es el marido el que hecha a la mujer a su antojo, sino la mujer la que se va porque ama a otro y viceversa. El amor es la exigencia máxima en cualquier actuación de Jesús.

La sexualidad judía ante la resurrección cristiana

La sexualidad judía a nivel personal era bastante permisiva, especialmente con el hombre. No así a nivel social. Jesús arremete contra la familia porque está basada en la opresión del varón sobre la mujer y contra la maternidad porque era (¿sigue siendo?) el talismán de la mujer para dirigir al marido.

En el Reino de Dios no habrá familias, habrá la Gran Familia Humana donde todos estaremos con el Todo. Por ello no se tomará mujer ni marido (Mt 22,30). ¡Todos habremos sido tomados mutuamente en la transcendencia! ¿Qué otra cosa puede ser la Comunión de los Santos?

Jesús no habla de la sexualidad, como tampoco habla de cómo hay que comer o dormir. Todo lo que es natural, lo da por asumido en el ser humano. Jesús pone en tela de juicio todo lo que esclaviza al hombre no permitiéndole sentir la iluminación (=Liberación, salvación) a la que ha sido llamado.

No existe madre o padre, hermano o hermana, esposo o esposa que pueda esclavizar. Padre sólo hay uno: Dios. Ningún hombre tiene que estar sometido a otro. La familia, si esclaviza no es familia, pues está llamada a engendrar amor, de no ser así: divorcio, los textos evangélicos son bien claros al respecto.

Y aquí se nos ocurre un interrogante. ¿Al hablar Jesús de esta forma sobre la familia, está presuponiendo que el celibato es superior a la vida en pareja? Permítasenos responder que no. Como tampoco presupone que es superior la pobreza cuando llama bienaventurados a los pobres, o que es más excelsa la tristeza cuando alaba a los que lloran... Una vez más diremos la conocida frase de que lo importante en la Biblia no es lo que dice, sino lo que quiere decir.

Jesús no eleva el celibato sobre el matrimonio. Antes bien, lo sitúa a su mismo nivel. La sociedad judía repudiaba al hombre soltero porque su vida (que era de Dios) no daba fruto. Y Cristo tras su resurrección no revela que la vida auténtica no viene por el semen (ni por el óvulo añadiríamos hoy), viene de lo alto. Desde esta nueva perspectiva arremete contra la familia creada en virtud del semen, es decir, de la sexualidad mal entendida.

Veinte siglos de historia de cristianismo y seguimos regulando el semen, creyendo que, como entonces, podemos regular el amor. Cristo que es el Amor hecho

carne, nos reveló, que el amor, por formar parte del ser del hombre desde los orígenes y proceder de la libre voluntad de dios, no puede legislarse. Y Cristo, a través de su sexualidad, amó de la forma que libremente quiso. ¿Cómo? Contraviniendo la ley judía: ¡No casándose!. Y de esta forma elevó el celibato a la altura que en su sociedad tenía el matrimonio.

El auténtico creyente al observar lo que se sigue haciendo con la sexualidad tendría que formular leyes no para casarse y “obligar” a las parejas a tener todos los hijos que por naturaleza puedan venir (11), todo lo contrario, tendría que cuidar y mimar al máximo a los futuros contrayentes para que, solamente cuando estuvieran preparados y asumieran la responsabilidad que supone engendrar un nuevo ser nacido de lo alto, que ha de formar parte de la humanidad de los seres llamados Hijos de Dios, tuvieran el hijo deseado. Pero no, seguimos creando homínidos producto del semen y no humanos nacidos de Dios (12).

¿Por qué hemos obligado y seguimos obligando a la pareja humana a crear nuevos seres, producto en la mayoría de los casos de una sexualidad incontrolada, cuando este proceder es propio del animal y por lo mismo, de los primeros homínidos?. Ciertamente, cuando el animal supo controlar su sexualidad, se convirtió antropológicamente hablando, en un hombre. La sexualidad para la procreación es de origen animal. La sexualidad para el amor, es de origen creacional. “Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne” (Mt 19,45 ; Mc 10, 6 ss).

Cuando Jesús elige el celibato, lo hace libremente porque no permite que su sexualidad la regule ley alguna. No es el matrimonio lo necesario para vivir. Lo imprescindible es el amor. Amor en pareja o en soltería, pues tanto en una como en otra situación lo definitivo es descubrir el Reino de Dios. Al que solo se accede naciendo de lo alto y donde el más pequeño es mayor que el más grande nacido de mujer. Juan el Bautista representa a la humanidad nacida del semen y Cristo, a la humanidad nacida de Dios.

La sexualidad humana ante Cristo

La sexualidad, bíblicamente hablando, sirve para conocer al otro. Para penetrar y dejarse penetrar en la alteridad. Para salir al exterior y romper nuestro ego. Pero Cristo la da por asumida y su enseñanza va más allá. No se queda en el otro. Busca al Otro. Y no en la alteridad. Es en la mismidad donde hay que descubrir al Señor de la historia.

Quien se queda en lo meramente genital responderá como lo hicieron los discípulos cuando Jesús les dice que no se puede repudiar a la mujer: “Si tal es la condición del hombre respecto a su mujer, no trae cuenta casarse” (Mt 19,10).

El pensamiento de los discípulos no puede ser más pragmático. Cristo habla de amor y ellos de egoísmo. Ni siquiera de sexualidad humana. Por ello, les responderá: “No todos entienden este lenguaje sino aquellos a quienes se les ha concedido. Porque hay eunucos que nacieron así del seno materno y hay eunucos hechos por los hombres y hay eunucos que se hicieron a sí mismos por el Reino de los Cielos. Quien pueda entender que entienda” (Mt 19,11 ss).

Hasta el momento que le tocó vivir a Jesús, el varón aunque señor, era esclavo de su propia ley. Tenía que demostrar su virilidad para pertenecer a la asamblea de Israel. Jesús mete el dedo en la herida y va más allá. En el Reino de Dios, pueden entrar los célibes. El judío entendía la impotencia y la esterilidad del inválido, bien de nacimiento, bien porque otros le hubieran castrado, más no podía entender que por amor se pudiera renunciar al “conocimiento” humano.

Cristo, para recoger sobre sí los millones y millones de personas que no han podido “conocer” al otro, independientemente de sus particulares deseos, sublima la sexualidad, renunciando a ella, pero no por imposiciones legales, sino por imperativos de su amor hacia el prójimo, sin exclusión alguna.

El se hace eunuco por el Reino, igual que una madre amorosa pasa hambre para que su hijo coma. Lo mismo que un padre renuncia a su vida para entregársela a su hija necesitada de un órgano vital. Ni la madre quiere pasar hambre ni el padre morir. Afirmar esto sería quedarse en la superficie del relato. Jesús, por amor a la humanidad tiene que traer sobre sí a todo hombre. Independientemente de su estado. El mensaje crístico no se preocupa del “estar”. Su palabra va dirigida al “ser”.

La sexualidad que proclaman los evangelios a tenor del comportamiento de Jesús, es libre y personal. La sociedad judía la había instrumentalizado y condicionado a sus particulares intereses. Jesús desmitifica su valor y lo sitúa ante la libertad personal. La sexualidad pertenece al ser del individuo. El hombre no “tiene” sexualidad, el hombre “es” un ser sexuado (13).

Epílogo: la otra sexualidad

Hemos acabado nuestros cuatro movimientos musicales. No obstante, al inicio de nuestras meditaciones, dejamos claro que la sinfonía estaba inacabada. En primer lugar, porque la ejecución de esta partitura es personal e intransferible. Ello no es óbice para que la sociedad instrumentalice los cauces necesarios que hagan posible que el comportamiento sexual sea liberalizador para todos. Pero jamás desde criterios partidistas que emanan de conveniencias sociales determinadas por el devenir histórico, sino desde criterios partidistas que emanan de conveniencias sociales determinadas por el devenir histórico, sino desde criterios personalistas donde se asuma, además, de la naturaleza del hombre, dicho devenir.

¿Qué deseamos decir con esta afirmación? Que el comportamiento sexual de Jesús parte desde su persona y desde su historia. No debemos olvidar ni lo uno ni lo otro, la institucionalización de la sexualidad debe estar acorde con la dinámica del individuo, garantizado su liberación y autorrealización personal. No se trata de imitar las pautas sexuales del judío del siglo primero de nuestra era. Desearíamos, como creyentes, hallar la actitud crística necesaria que nos permita, dentro de nuestro contexto histórico y cultural, situar nuestra sexualidad personal y social al nivel que Cristo, en cuanto hombre, supo situar la suya y la de sus contemporáneos.

Y hoy, como siempre, existen personas que sin ser enfermos psíquicos o físicos, como se ha pretendido demostrar durante siglos, sienten la sexualidad dirigida hacia personas de su mismo sexo. ¿Qué podemos decir al respecto desde el campo teológico? Un creyente cristiano no puede obviar la homosexualidad masculina o femenina. Antes del mensaje evangélico, el eunuco no podía ser sacerdote, después de dicho mensaje, la homosexualidad no pueden ser castigada como proclamaban las escrituras: “Si alguien se acuesta con varón, como se hace con mujer, ambos han cometido abominación: morirán sin remedio; su sangre caerá sobre ellos” (Lv 20,13). Debido a la sociedad machista y a los condicionamientos socio-culturales y religiosos ya expuestos, nada se dice de la mujer.

El desperdiciaba su semen (vida), ella nada. Hoy sabemos que no es así; sin embargo; a nuestra sociedad machista le sigue preocupando más y tolerando menos la homosexualidad masculina que la femenina.

¿Podemos sacar de los textos evangélicos alguna ayuda moral para los millones de personas que sienten y padecen (socialmente hablando) la “otra sexualidad”, o

debemos afirmar desde la ética de la persona, como se hacía escasos años, que “la sociedad tiene que desinteresarse de este asunto, exigiendo responsabilidad a los interesados” (15). Esta afirmación era lo más plausible que se podía oír hace escasamente 15 años. Hoy sigue existiendo un rechazo social que proviene, en gran parte, de la mentalidad judía y de la necesidad de procrear para seguir superviviendo en los hijos (16). Desde esta visión machista, la masculinidad se siente atacada. Por otra parte, y como dijo Sartre, no hay que olvidar que los peores enemigos de la homosexualidad son los homosexuales reprimidos.

Como cristianos responsables, no podemos, por tanto, soslayar esta realidad histórica de la sexualidad. La persona homosexual también es llamada al Reino de Dios que proclaman los evangelios. ¿Qué se exige en este comportamiento sexual? Lo mismo que en el heterosexual, que conlleve el máximo grado de humanización (17) y, por consiguiente, de expresión amorosa. Dios es amor, también para el homosexual.

Los evangelios, si bien es cierto que no hablan de la homosexualidad, podemos decir con el padre Forcano que “el homosexual es equiparable, dentro de la mentalidad judía, al eunuco, ya que, al no casarse y no tener hijos, no deja supervivencia de sí ni en el pueblo, ni en los hijos. Es un estéril” (18).

Jesús reconoce que hay eunucos que nacen y otros que se hacen. La medicina actual confirma esta tesis: la homosexualidad no es una enfermedad, ni una desviación de la naturaleza. Hay factores biológicos y psicológicos que influyen en la homosexualidad. La historia de Sodoma y Gomorra castiga la falta de hospitalidad de los sodomitas (Gn 19, 4-11), y no la perversión sexual, que en cualquier caso, sería heterosexual y no homosexual.

El pecado de los sodomitas fue el mismo que cometen actualmente los cristianos con su falta de hospitalidad hacia “la otra sexualidad”. ¡Qué paradoja! La sodomía, igual que el onanismo o masturbación, (historia de Onán – Gn 18, 6-10) nada tiene que ver con los textos bíblicos, aunque se haya pretendido encontrar en ellos la razón de su maldad.

La desmitificación bíblica que hemos de realizar con la homosexualidad, es si cabe, mayor que la tarea a realizar con la heterosexualidad.

Sinfonía inacabada de la música callada que los músicos han sabido sublimar por el Reino y que Cristo situó en el corazón de cada hombre. La sexualidad es, en definitiva, uno de los bienes que el ser humano supo hacer suyos en la noche de los tiempos. Cuando el homínido dominó al animal, se hizo hombre. Por ello, el reducir este poder al acto procreativo, como en los orígenes, es olvidar el descubrimiento del amor, renunciando al mismo Dios, que hizo posible tal transformación. Y así, Cristo, en la época que le tocó vivir, no permitió que la sexualidad sirviera de opresión ni a célibes ni a casados, ella, como todo lo humano, ha de estar supeditada al amor. Y desde el amor que es Cristo, nuevamente recordamos a San Agustín: ama y haz lo que quieras.